Lo único que me queda es una cerveza:

En el sofocante susurro
de dolores del cuerpo
y dolores del alma
solapados por los años.
Desde la playa observo el Mar, rebosante de suciedad
y pienso mientras todo lo que llega son aromas salados:
¡Maldición eterna a quien se bañe en sus aguas!
¡Perdición eterna a quien no lo haga!

Resopla el viento con un refrescante frú, frú,
me peina hacia atrás
y me rodea el humo de un arcoíris,
y camino por la orilla en la costa
y veo a lo lejos
un barco a vela,
lo único que me queda es una cerveza,
y ahora el horizonte.

Existe un pequeño paraíso en la ciudad,
por supuesto al margen de ella;
donde uno se recuesta y la naturaleza
hace el resto. Los pulmones se abren

y de repente todo cobra otro color.

Y aunque en ocasiones nuestro Mar
semeje al de los Sargazos,
siempre hay otras orillas y senderos
por fundar en nuestros brazos.
Que irán más allá de la cumbre,
y no se rendirán en su trayecto,
ni caerán en la cobardía
o en el tedio de este siglo,
e irán por las autopistas más desconocidas,
las de la libertad,
donde pocos han sabido
caminar sin preguntar.

Debía de tomar mi timón
y llegar a puerto,
pero un día subí
y emborraché a toda la tripulación,
ahora mi barco es el barco ebrio,
y el más bello;
¡Lo único que me queda es una cerveza!
¡Y el convulso mar por delante!
¡Y en la piel la transparencia del polvo!

¡Y en la mirada dos cristales de bohemia y delirio!

Lo único que me queda es una cerveza,

y la experiencia de la Naturaleza.

La lejana tempestad:

Aquellos navegantes hermosos

que atraviesan el Himno del Mar,

y como Ademar resisten la tempestad,

siempre parados, dorados y donosos.

Como el último barco del amor

del que aún quedan huellas en la arena,

cuando parás a verte en las manos las venas,

a babor siempre está el fervor del inventor,

que sobrevive con el calor de su flor,

a la lejana tempestad del recuerdo;

cuando el mar oscuro es impiadoso con los viajeros,

que sin flotador cruzan la ira de dios.

Sentado en las dunas estaba pensando:

¿Acaso debo ser un navegante

para entrar en tu barco tan menguante?

Escucho: solo debes ser valiente y seguir soñando.

Los diamantes que flamean en sus aguas
desde la costa hacen sentir la belleza,
sólo la sentirán aquellos que no vivan en pena,
y hayan fabricado para cantar sus guitarras.

Ver el mar es una manera de ver el tiempo,
ahí está, continúa, y además nos descubre el dulce ritmo
con el que todo se mueve, tan cercano y acumulado,
en el lento flotar de su profundidad;
y de repente algo sucede, y rompe el aburrimiento.

La lejana tempestad que pide ser liberada,
la que llevamos dentro,
recostémonos en las dunas y renazcamos en el encuentro,
cantémosle a nuestro interior con la invención de nuestra primavera,
un cortísimo espacio de tiempo a través de cortísimos espacios de tiempo,
dame la mano y crucemos la eternidad; se encuentra en la playa del Oriente.
¡Se le pide al planeta que llore!
Pero no hay nadie que le seque sus lágrimas.
Los ecosofistas parecen extintos,
o la ecosofía está ignorada;
búsquenla en la Biblioteca.

En la playa no se puede follar, ni fumar,

y el calor está en contra de toda actividad;

pero me pondré todos los disfraces

para asomarme a la suavidad de tus labios,

la suavidad de tus manos, la concordia de tus ojos suaves,

suaves… suaves…

El sol saldrá de nuevo

¿Quién estará para verlo?

El club del amor:

Cuando la carpa flotante

sobre la tarima de madera

en medio del mar

se despliega,

y comienza a sonar el vals de los freaks;

los caminantes febriles

que atraviesan el maldito calor

de la playa desierta,

se reúnen en la orilla,

repiqueteando la arena.

Un viento que hace siglos

no sopla casi se lleva

a los acróbatas flacos,

que hacen piruetas alrededor

de la escena,

mientras la orquesta

de arlequines y sátiros

sintonizan la llegada

del Pierrot y la Colombina,

con un Smooth Jazz

de Richie Silver, y Carlos Chaplin.

Y la Comedia Oriental divierte a los caminantes,

del ardor la sequedad y la sed,

con cerveza helada

y tabaco y zippos,

y les tiran lentes de sol y banquetas.

¡Una silla para los felices!, grita el Pierrot que baila con la Colombina,

riendo frente a los arlequines, entre el humo azul de la platea de polvo.

¿Y para los que lloran? Pregunta el público;

Los que defienden la sonrisa están más cansados, contesta la Colombina.

¡Los que viven para jugar y sin mañana jamás, con nosotros de esta playa se irán!

Grita el Pierrot mientras la Colombina le da una vueltita y también grita;

¡El club del amor sólo admite a quienes atravesaron el infierno, sobrevivieron y hoy viven riendo!

Y las serenatas del cantante continúan,

al ritmo de la salsa con sabor

a Puerto Rico,

y los acróbatas traen de la carpa

mesas de Pool, y pistolas de agua,

y a los caminantes les pintan la cara;

para bailar histéricos bajo la eterna noche de Verano,

la felina luna y la eterna lucha del hartazgo,

para fundar un castillo de arena

donde sólo el amor se haga y se olviden las penas;

y que todas las cosas que mueren por decir

se las digan entre mordiscos en la oreja.

En la hoja del repertorio de la orquesta,

que está llena de besos rojos,

sólo está escrito: Libertad.

Luego de leer empieza a llover,

y cuando salió el sol no interrumpieron la danza;

lo esperaron y riendo todos le gritaron:

¡Peor para vos!

F.